

9. Las Trompetas

La obra final en la tierra es el sellamiento de los siervos de Dios. El universo ahora está esperando que esa obra sea completada. Lo único en el cielo o en la tierra que puede obstaculizar la obra de Dios es la falta de espiritualidad por parte de Su pueblo escogido. El reino sobre el cual reinará Cristo será un reino espiritual, y aunque muchos sirven de todo corazón. Cuando se demuestre plenamente que el Espíritu del Padre Eterno puede morar en el hombre, entonces aquellos que hayan vencido como Cristo venció, heredarán el reino preparado desde la fundación del mundo. Los ciento cuarenta y cuatro mil, junto con la multitud de los salvos, reunidos alrededor del trono y del Cordero en el Monte Sion, fueron mostrados al ojo profético de Juan. El sexto sello se cierra cuando los ciento cuarenta y cuatro mil han recibido el sello de Dios, y están esperando la aparición de Cristo en las nubes del cielo. La apertura del séptimo sello es la introducción de la eternidad. «Y cuando abrió el séptimo sello, hubo silencio en el cielo como por media hora.» El lugar de morada de Dios es el centro de la vida y la escena de actividad constante. La música siempre resuena desde las bóvedas del cielo, y los coros compuestos por miríadas de voces angelicales cantan las alabanzas del Cordero y de Aquel que está sentado en el trono. Cuando la pequeña compañía en la tierra está preparada, el ángel sellador regresa velozmente al cielo con el mensaje de que la obra está hecha. Cristo, en el santuario de arriba, depone Sus vestiduras sacerdotales, y el Cordero aparece como el Rey de reyes. Los líderes angelicales organizan las huestes del cielo. El trono de la Omnipotencia se mueve. Dios acompaña a Su Hijo a la tierra. Asistidos por miríadas de ángeles, los Gobernante del cielo y la tierra dejan el cielo vacío, atraídos hacia la tierra por los fieles cuyos corazones se han convertido en la morada de Su Espíritu eterno. Ha llegado el momento del cumplimiento de la promesa del Salvador. Él dijo: «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» Nunca antes hubo

una escena así. Esta es la causa del silencio en el cielo. Aquellos que fueron separados por la mano despiadada de la muerte, se encuentran en el aire alrededor de su Libertador. Algunos habían sido quemados en la hoguera; otros habían perecido en mazmorras; otros habían sido enterrados en el mar. Familias felices, destrozadas por la cruel mano de la muerte, ahora se unen alrededor de Cristo. Maridos y esposas, separados en esta vida, que durmieron en Jesús, se encuentran a la voz de Aquel que murió por ellos. ¡Oh, qué encuentro será ese! Los amigos reconocerán a los amigos. Todos se unirán en acción de gracias y alabanza a Aquel que murió y resucitó, y que ahora ha venido para darles reposo y paz eternos. El cruel monstruo de la muerte no tiene poder sobre ellos. «Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.» Esta es una reunión celestial. Juntos, durante siete días sucesivos, viajan a su glorioso hogar. Son una compañía de guardadores del sábado, y el primer sábado en su estado redimido lo pasarán de camino a la ciudad de Dios. Esta es la compañía que canta la respuesta dada en el Salmo veinticuatro; y es la misma compañía que, al reunirse alrededor del trono con túnicas blancas y palmas de victoria, se une al coro que Juan escuchó.

La entrega de la ley en el Monte Sinaí puede considerarse como un símbolo de la venida de Cristo por los redimidos. Moisés, un testigo ocular de la entrega de la ley, dice: «Jehová vino de Sinaí, y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte Parán, y vino de entre diez millares de santos; con su mano derecha les dio la ley de fuego. Aun amó a los pueblos; todos los santos están en tu mano; por tanto, ellos se sentaron a tus pies; recibieron de tus palabras.» Fue entonces cuando Su ley, la guía de la vida, fue pronunciada ante todo el pueblo. Solo aquellos que han conocido esta misma ley de fuego, la justicia de Jehová, y han tenido su sello implantado en sus frentes, escucharán la ley nuevamente pronunciada por Jehová.

Al profeta en Patmos se le dio una visión triple de los acontecimientos que tendrían lugar entre el tiempo en que vivía y el tiempo en que los redimidos se

reunieran alrededor del trono. Los mensajes a las siete iglesias son historia eclesiástica, mostrando la propagación de la religión de Jesucristo y los errores que se introdujeron. Los siete sellos revelan el funcionamiento interno de la iglesia, —la experiencia individual— y predice las señales de la venida de Cristo. En los mensajes a las iglesias, Cristo fue visto como la Luz caminando en medio de ellas: en los sellos, Él es el Cordero que fue inmolado para que el hombre viviera. Otra fase de la historia, no totalmente nacional, sino que tiene que ver con las naciones, se revela en el sonido de las trompetas. El sonido de las siete trompetas se extiende hasta el final del capítulo once, y la séptima trompeta lleva la historia a la eternidad, al igual que la séptima iglesia y el séptimo sello. La obra de las trompetas se presenta por primera vez a Juan en el segundo versículo del capítulo ocho. Siete ángeles estaban delante de Dios, «y se les dieron siete trompetas.» El sonido de la trompeta o corneta es la llamada a la guerra; y la historia de las trompetas es una larga historia de guerra y derramamiento de sangre, pero para que los hombres aprendan que la mano de Dios está obrando en cada ejército, y que Él guía en cada guerra, la historia de las trompetas se deja registrada.

Para que los hombres, al seguir los detalles de la historia nacional, no perdieran de vista, en la crónica de toda la angustia de las naciones, la obra en el cielo, se revela una fase muy preciosa de la obra del Redentor antes de describir la obra de los trompetistas. En lugar de presentar a Cristo como un sacrificio, sangrando en presencia de los seres celestiales, aquí se le muestra como nuestro gran Sumo Sacerdote, ministrando en presencia del Padre. Juan lo vio de pie junto al altar, con un incensario de oro. En el servicio figurativo del tabernáculo terrenal, el altar del incienso ardía continuamente ante el velo interior. El humo ascendía ante la gloria de la *shekinah*, que resplandecía sobre el propiciatorio. En el Día de la Expiación, cuando el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, llevaba consigo un incensario lleno de aromas preciosos, cuya fragancia era llevada por la brisa mucho más allá del atrio del tabernáculo. El sacerdote entraba en la presencia de Jehová, llevando los pecados del pueblo y sus

oraciones. Estas oraciones eran aceptables para Dios porque se ofrecían por fe en la justicia de Cristo. Así, en la corte celestial, Dios está entronizado y Cristo se presenta ante Él en nombre de Su pueblo. Él suplica Su propia justicia, que es aceptable para Dios. Hay un fondo inagotable de obediencia perfecta, que es el «mucho incienso» que Él ofrece. Esta *obediencia perfecta*, o justicia, satisface toda necesidad, cubre todo caso. Como fue tentado en todo punto, pero no cedió en ninguno, así donde el pecado abunda, la gracia excede la necesidad.

La ofrenda que hace el Sumo Sacerdote son las oraciones de todos los santos. Desde el tiempo de la caída, anhelos del corazón se han sentido en el cielo. Cada oración ha sido registrada en los libros; nunca un anhelo del alma ha pasado desapercibido. Los padres han orado por la conversión de sus hijos, y los hijos han rogado por sus padres. La carga por las almas en tierras lejanas a menudo ha pesado mucho sobre algún fiel seguidor de Dios; y aunque aquellos por quienes se oraba quizás nunca fueron conscientes de ello, se estableció una conexión entre el cielo y la tierra, y los necesitados estaban dentro del circuito. El cielo siempre responde a la llamada de un alma; está comprometido a hacerlo y cumplirá la promesa. Así, las oraciones que ascienden diariamente tienen la misma certeza de ser respondidas que la verdad de que el trono de Dios es eterno. Los ángeles están reorganizando entornos, cambiando circunstancias, tejiendo alrededor de almas desinteresadas una red de influencias que algún día los llevará a una entrega. Dios nunca se impone a una sola vida, pero hay una manera de conectar a un hombre con el cielo a pesar de sí mismo, y esa manera es a través de la oración.

¿Acaso ninguno de aquellos por quienes se ora rechazará la luz? –Ciertamente lo harán; pero cuando aquellos sobre quienes ha brillado la luz la rechacen, serán desgajados como la rama muerta de un árbol, y algún otro será injertado. Aquellos que ofrecieron las oraciones pueden estar en silencio en la muerte, pero las oraciones están depositadas en el altar del cielo y serán respondidas antes de que el incensario sea arrojado.

Así, Juan ve a Cristo intercediendo por los pecadores, mientras la obra de sellamiento continúa en la tierra. Cuando el ángel regresa al cielo con el mensaje de que todos están sellados, Cristo arroja el incensario a la tierra, y los truenos, los relámpagos y el terremoto proclaman que el fin está cerca. Habiendo visto a Cristo como intercesor del hombre, Juan sigue la obra de los siete ángeles que tenían las siete trompetas.

La creencia en la justicia imputada de Cristo es el único medio de salvación para el hombre. La justicia propia fue la causa de la caída de Satanás, y siempre ha sido el plan estudiado de su satánica majestad llevar a los hombres de la fe en la justicia de Cristo a una fe en sus propias obras. Cuando esto se logra, la destrucción es inevitable. Para un individuo esto significa el retiro del Espíritu de Dios; para una nación, significa la subyugación por alguna nación más fuerte. Esta lección fue enseñada por Nabucodonosor, el monarca babilónico. Cuando caminaba en su palacio, diciendo con orgullo señorial: «¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué?» la destrucción esperaba a la puerta. La misma verdad ha sido enseñada en la caída de cada nación que ha alcanzado prominencia en épocas pasadas. Dios, en la voz de las primeras cuatro trompetas, enseñó esta lección al Imperio Romano.

Roma, el reino universal en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, fue maravillosamente bendecida con un conocimiento de la verdad, pero en proporción a la grandeza de sus privilegios, así de terrible fue su caída.

En los días de Constantino el imperio se dividió, siendo Roma la capital occidental y Constantinopla la oriental. A la muerte de Constantino, se hicieron tres divisiones para sentar a cada uno de sus tres hijos en un trono; esta triple división se reconoce a lo largo de la historia de las trompetas. De estas divisiones, Italia, o el Imperio Romano Occidental, era conocida como un tercio. Aunque se hace referencia a las tres divisiones, la primera división en un imperio oriental y occidental también se conserva hasta la captura de Constantinopla por los turcos.

«El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra.» Esta es una declaración concisa de una larga serie de terribles acontecimientos; pero por breve que sea, se elige el lenguaje más contundente; granizo y fuego se mezclan con sangre y son lanzados sobre la tierra. Ya en los días de Constantino, hordas de bárbaros presionaban sobre las fronteras del territorio romano. Europa había estado, desde tiempos prehistóricos, sujeta a una afluencia de bárbaros, y un espíritu de emigración periódicamente barría, como una ola ondulante, todo el continente. Cuando la presión llegó a la frontera oriental desde los escitas del norte de Asia, las tribus más occidentales se vieron obligadas a buscar campos más amplios en los países populosos del sur. Principalmente debido a esta presión, Constantino dividió el imperio, para que hubiera mayor fuerza para resistir las invasiones. Llegó el momento en que todos los recursos que Roma podía reunir eran insuficientes para repeler a los invasores.

En el año 395, los godos, con su renombrado líder, Alarico, invadieron el Imperio Romano de Oriente. Al cruzar el Danubio, la línea divisoria entre el territorio de los romanos y los desiertos de Germania, en medio de un invierno de severidad inusual, llegaron como el granizo del norte, y uno de los poetas romanos ha dicho: «rodaron sus pesados carros sobre la amplia y helada espalda del río indignado.» Alarico no era un líder mediocre; sino audaz, astuto y más que un rival para cualquier general del ejército romano degenerado. Durante varios años, los godos permanecieron en la división oriental del imperio; parte del tiempo en paz, otras veces, en desacuerdo con el emperador. En el año 408 Alarico descendió sobre Italia. Cruzó apresuradamente los Alpes y el Po, saqueó las ciudades del norte de Italia y avanzó con un ejército en constante crecimiento hacia la ciudad de Rávena, donde el pusilánime emperador tenía su capital. Sin encontrar resistencia, avanzó por el Adriático hasta llegar cerca de Roma. Alarico tomó Ostia, el puerto de Roma en la desembocadura del Tíber, y exigió la rendición incondicional de la propia ciudad. El senado cedió sin resistencia, y Alarico colocó la túnica púrpura del emperador sobre Atalo, el prefecto de la

ciudad. Roma, la orgullosa monarquía, estaba en manos de un ejército bárbaro, que podía coronar a su emperador a voluntad e insultar a su senado a placer. Más tarde, Atalo, el instrumento de Alarico, fue degradado en presencia del pueblo; su diadema le fue quitada, y como para añadir un insulto a la herida, el altivo bárbaro envió las insignias de la realeza a Honorio, el verdadero emperador, que temblaba detrás de las fortificaciones de Rávena. La locura y la imprudencia provocaron a los godos, y la ciudad de Roma fue despertada una noche del año 410 por la tremenda trompeta de los soldados bárbaros. Roma fue devastada. El oro y la plata, la vajilla de plata y los costosos muebles de los palacios romanos, fueron cargados en los carros góticos. El fuego y el derramamiento de sangre llenaron la ciudad de terror. Durante seis días la ciudad estuvo en manos de los invasores. Al final de ese tiempo, «al frente de un ejército, cargado con ricos y pesados despojos, su intrépido líder avanzó por la Vía Apia hacia las provincias del sur de Italia, destruyendo todo lo que se atrevía a oponerse a su paso y contentándose con el saqueo del país indefenso.» A la muerte de Alarico, en 410, fue sucedido por su cuñado, Adolfo, quien se alió con los romanos; asumió el carácter de general romano y, más tarde, se casó con la hermana de Honorio, el emperador. Así, la conquista de los godos sobre el debilitado Imperio Romano fue completa.

«El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.» El poder aquí presentado se distingue de los godos por el hecho de que su fuerza se sintió en el mar en lugar de en la tierra. Mientras Honorio, que había experimentado la invasión de los godos, todavía era nominalmente el emperador de Roma, los vándalos estaban haciendo sentir su presencia en España. Eran una horda de bárbaros que habían venido del noreste y, por un tiempo, se detuvieron en las provincias occidentales de Roma. En 428 el terrible Genserico se convirtió en su líder, e inmediatamente los vándalos asumieron la ofensiva. De Genserico se dice: «Su habla lenta y cautelosa rara vez declaraba los profundos propósitos de su alma; desdeñaba imitar el lujo de los vencidos; pero se entregaba a las

pasiones más severas de la ira y la venganza. La ambición de Genserico no tenía límites ni escrúpulos.» «La experiencia de la navegación, y quizás la perspectiva de África» colocó a los vándalos en el mar. Fueron invitados por primera vez a África por el Conde Bonifacio, uno de los generales romanos. El paso fatal había sido dado. Una vez el enemigo en África, Roma se enfrentó a un enemigo formidable. Fue en 431 cuando los vándalos cruzaron el Estrecho de Gibraltar. Unos años más tarde, eran los únicos poseedores de Cartago y el norte de África. Roma difícilmente podía permitirse perder sus posesiones africanas; porque proporcionaban tanto riqueza como alimento a las ciudades de Italia. Sin embargo, Genserico y los vándalos se hicieron fuertes en la costa sur del Mediterráneo. Pronto sus fronteras se volvieron demasiado estrechas, y el éxito de su flota añadió Sicilia y otros lugares a los bárbaros. En junio del año 455 d.C., Genserico y sus vándalos desembarcaron en la desembocadura del Tíber, y Roma quedó nuevamente a merced de los bárbaros. El saqueo duró catorce días y noches; y todo lo que aún quedaba de riqueza pública o privada, de tesoro sagrado o profano, fue diligentemente transportado a las naves de Genserico. La emperatriz Eudoxia, con sus dos hijas, fue obligada como cautiva a seguir al altivo vándalo. Miles de romanos fueron también transportados como esclavos a la capital del imperio vándalo. «Su angustia,» dice Gibbon, «fue agravada por los bárbaros insensibles que, en el reparto del botín, separaron a las esposas de los maridos y a los hijos de sus padres.» El saqueo de Roma por los godos había sido una terrible calamidad; pero el de los vándalos, cuarenta y cinco años después, fue aún peor. Sin embargo, la devastación de la propia ciudad fue solo una pequeña parte de la obra destructiva de estos bárbaros. Al profeta se le mostró una gran montaña ardiendo en fuego, precipitada en el mar. Fue como una poderosa piedra arrojada al agua, causando que ola tras ola golpeará las costas indefensas; o como un volcán activo en medio del mar que periódicamente hacía hervir las aguas. Esto concuerda con la descripción de las incursiones de los vándalos. «En la primavera de cada año [entre 461 y 467] equipaban una formidable armada en el puerto de Cartago; y el propio Genserico, aunque ya muy anciano, seguía al mando personal de las expediciones más importantes. ...

Los vándalos visitaron repetidamente las costas de España, Liguria, Toscana, Campania, Lucania, Bruttium, Apulia, Calabria, Venecia, Dalmacia, Épiro, Grecia y Sicilia.»

... Sus armas extendieron la desolación y el terror, desde las columnas de Hércules hasta la desembocadura del Nilo." Llevaron consigo caballos, de modo que su terror se extendió tierra adentro desde el puerto donde la flota desembarcó a los guerreros salvajes.

Tan ocultos eran los designios de Genserico que el mundo romano nunca supo dónde buscar el próximo ataque. Como la riqueza y una abundancia de botín eran los objetos de su codicia, los vándalos usualmente evitaban las ciudades fortificadas.

Roma finalmente se movilizó para tomar medidas activas contra su constante y más persistente enemigo. Pasó meses preparando una flota. Las fuerzas de Oriente y Occidente se unieron para invadir África. El ejército romano se detuvo ante los muros de Cartago. Genserico pidió y obtuvo una tregua de cinco días. El viento se volvió favorable para el guerrero del Mediterráneo. Sus embarcaciones estaban tripuladas por los más valientes vándalos y moros, quienes en la oscuridad de la noche, remolcaron un gran número de barcos cargados de combustibles, justo en medio de la flota romana. El fuego se propagó de una embarcación a otra. "El ruido del viento, el crepitar de las llamas, los gritos disonantes de los soldados y marineros, que no podían ni mandar ni obedecer, aumentaron el horror del tumulto nocturno." Muchos de los que podrían haber escapado de las llamas, encontraron la muerte a manos de los guerreros vándalos.

Los historiadores afirman que mil cien embarcaciones romanas fueron destruidas. La montaña ardiente había caído sobre el mar.

Genserico fue nuevamente reconocido como el tirano del mar. Vivió para ver la extinción final del Imperio Romano de Occidente en 476. Su obra fue la que se permitió realizar al sonido de la segunda trompeta, en aquella nación donde la

apostasía reemplazó la verdadera adoración a Dios, y donde el misterio de la iniquidad estaba rápidamente llegando al poder.

Pero el fin no era todavía. «El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha» (Apocalipsis 8:10). Durante casi cien años antes de la caída final de Roma, los Hunos, una de las tribus escitas más salvajes, habían presionado al imperio, extendiéndose desde el Volga hasta el Danubio. Por un tiempo, ellos impusieron la alternativa de paz o guerra, tanto a las divisiones orientales como occidentales del imperio. En los días de **Aecio**, un general de Occidente, sesenta mil Hunos marcharon a los confines de Italia; pero se retiraron al serles pagada la suma que ellos tuvieron a bien demandar. Teodosio, el emperador de Oriente, compró la paz pagando un tributo anual de trescientos cincuenta libras de oro, y otorgando el título de general al rey de los Hunos. Todavía había un senado en Roma, y este compró la paz a los Hunos. Esto fue parte del *ajenjo* que Roma fue obligada a beber. En 433, Atila y su hermano se convirtieron en gobernantes conjuntos de los bárbaros, y en un tratado con el emperador, los Hunos “dictaron las condiciones de paz; cada condición fue un insulto a la majestad del imperio. Además de la libertad de un mercado seguro y abundante a orillas del Danubio, exigieron que la contribución anual se aumentara de trescientas cincuenta libras de oro a setecientas libras de oro; que se pagara una multa o rescate de ocho piezas de oro por cada cautivo romano que hubiera escapado de su amo bárbaro; que el emperador renunciara a todos los tratados y compromisos con los enemigos de los Hunos; y que todos los fugitivos que se hubieran refugiado en la corte o provincias de Teodosio, fueran entregados a la justicia de su soberano ofendido.” Así el Imperio Romano se vio obligado a reconocer que su poder se había ido, y que los orgullosos romanos estaban sujetos a los más crueles de todos los bárbaros. Esto fue *ajenjo*, en verdad.

Después de concluir tal tratado con el emperador de Oriente, Atila reunió a sus hordas y marchó hacia la Galia. Allí fue derrotado por los Visigodos, y los Hunos se retiraron al norte de Italia. Una horda bárbara podía repeler a otra, pero había poco peligro de derrota una vez dentro de los confines de Italia. Atila

cruzó los Alpes, *la fuente de las aguas*. Aquilea, la ciudad más rica y populosa del Adriático, cayó, y la generación siguiente apenas podía descubrir las ruinas, tan completa fue la devastación. Muchas ciudades fueron reducidas a montones de piedras y cenizas. Milán, la ciudad del palacio real, se sometió. Roma fue el siguiente punto de ataque, pero la ciudad escapó de la mano de Atila, siendo su salvación comprada por el regalo de la princesa Honoria, con una inmensa dote. La amargura de la porción que Roma bebió es bien descrita como *ajenjo*. La *estrella* que cayó sobre las fuentes de las aguas, se retiró a su hogar en Hungría, donde su luz se extinguió.

Atila, rey de los Hunos, muere en 453. Su luz se apagó como el soplo de una vela. Fue una lámpara que ardía en la tierra. Pero Roma no fue librada de sus enemigos. El rey vándalo, Genserico, estaba en la cúspide de su poder, y continuó asolando las costas del sur hasta la caída final, unos doce años después.

El poder romano se perdió, aunque en nombre el Imperio de Occidente todavía existía. Un romano, Átalo, fue sentado en el trono por Alarico, el Godo, y reconocido como soberano por el legítimo heredero al trono. Los vándalos atormentaron al gobierno hasta que la vida fue una carga. Para completar la caída, nada quedaba por hacer, excepto sentar a un bárbaro en el trono en lugar de la familia real.

«El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas» (Apocalipsis 8:12). La historia profética dada bajo la cuarta trompeta, representa la densa oscuridad que existiría si el sol, la luna y las estrellas se negaran a emitir luz. Su cumplimiento fue la extinción de la luz de Roma Occidental.

Durante los últimos veinte años de la existencia del Imperio Occidental, nueve emperadores habían desaparecido sucesivamente. El tercero desde el último fue asesinado, y su sucesor, Nepote, fue expulsado. Orestes era de nacimiento panonio, y durante años un fiel seguidor de Atila, el Huno. A la muerte de Atila, entró al servicio de los príncipes romanos. Paso a paso avanzó en el ejército hasta

que Nepote le concedió el título de patricio, y fue nombrado maestro general de las tropas. Tras la expulsión de Nepote, a Orestes se le ofreció la púrpura, pero la rechazó; consintiendo, sin embargo, que su hijo, Augústulo, se convirtiera en emperador de Occidente. Augústulo fue una mera herramienta en manos de los numerosos bárbaros que ahora estaban en Italia y en sus fronteras. Las tribus confederadas demandaron un tercio de la tierra de Italia, y cuando la petición fue rechazada, unieron sus fuerzas bajo el liderazgo de Odoacro, el hijo de un bárbaro, quien él mismo había seguido al gran líder de los Hunos, y luego aceptó un puesto en el ejército romano. Fue conocido entre los bárbaros por su valor y habilidad. Por las tribus confederadas, fue aclamado como el rey de Italia. Augústulo ofreció su renuncia, la cual fue aceptada por el Senado. Este fue su último acto de obediencia a su príncipe. Zenón, gobernante de Oriente, fue reconocido como único emperador, y concedió a Odoacro el título de “Patricio de la Diócesis de Italia.”

“Odoacro fue el primer bárbaro que reinó en Italia sobre un pueblo que una vez había afirmado su justa superioridad sobre el resto de la humanidad.” Reinó catorce años, de 476 a 490 d.C., pero el Imperio Romano de Occidente era cosa del pasado. El territorio una vez en manos del reino gobernante del mundo, fue dividido entre los bárbaros que habían asistido en su derrocamiento.

Roma estaba ahora fragmentada, y las diez divisiones presentadas al profeta Daniel recibieron cada una poder. Así como el hierro y el barro mezclados se niegan a unirse, así los fragmentos del Imperio Romano Occidental permanecerán separados hasta el fin de los tiempos. Con el año 476, que marca la caída de Roma, comienza la historia de la Edad Media. En los siguientes años, todo obstáculo fue despejado, y el papado tuvo un camino claro hacia el trono. Odoacro era arriano de fe, y su reino, el de los Hérulos, fue el primero de los cuernos, según Daniel 7:8, en ser arrancado por el cuerno pequeño, que se engrandeció y habló grandes cosas contra el Altísimo.

En la angustia causada por las numerosas invasiones de los bárbaros, el obispo de la diócesis romana había cumplido bien su papel. Cuando las naciones

cayeron y los emperadores dejaron de otorgar protección, los hombres buscaron seguridad a la sombra de la iglesia. Diariamente el poder del obispo aumentaba, y de las ruinas decadentes de la antigua Roma, surgió el papado. La iglesia tenía nombre de que vivía, pero estaba muerta. Para quien seguía al Salvador, Él aparecía como el Sumo Sacerdote en la corte celestial, ofreciendo Su propia justicia a todos los de cada nacionalidad que la aceptaran.

La caída de Roma fue una poderosa conmoción de naciones, divinamente simbolizada por las trompetas tocadas por ángeles que están en la presencia de Dios. Su caída es un tipo del tiempo de angustia que precede a la destrucción final del mundo. Dios amó a Su pueblo entonces, y a través de la oscuridad, Su mano estaba guiando. Así será al sonido de la séptima trompeta. La historia de la cuarta trompeta evidentemente abarca los eventos de varios años; porque la próxima vez que el Imperio Romano es traído a colación, se presenta como el poder perseguidor que ejerció su dominio durante mil doscientos sesenta años.

Cuando el cuarto ángel hubo tocado, Juan vio a otro «ángel que volaba por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta de los tres ángeles que han de tocar!» (Apocalipsis 8:13).

La guerra bárbara es terrible; el aplastamiento de una nación invoca la armería del cielo, y los ángeles velan sus rostros ante las escenas de crueldad y derramamiento de sangre. Pero las falsas doctrinas que aplastan a los hijos de Dios, y los errores que ocultan la justicia de Cristo, son especialmente designados como ayes. A estos ayes se introduce a continuación el estudiante de la profecía.